tido á ellas: la doctrina ha sido buena, los temas oportunos, solo ha faltado que el desarrollo correspondiese á su importancia. Yo he visto aquí hombres de todas las escuelas, y nada hay que sea tan satisfactorio á mi corazon; tambien he visto aquí una porcion de jóvenes, esperanza de la sociedad y gloria de la patria, de lo que me he alegrado tanto mas, en cuanto yo creo que la regeneracion debe elaborarse en la juventud.

Despues de oidas mis defensas del Pontificado, creo que ninguno de vosotros pensará en acusarme de haber abogado ni contra la civilizacion ni á favor de retrogradismo alguno. He defendido la justicia, he apologiado la equidad, he señalado con el dedo la rectitud y la pureza, y nada habeis podido oir en mí que os revelara mezquinos deseos ni interesadas pasiones. El Pontificado es un principio sobrenatural del órden humano: apoyándolo, yo no he hecho mas que apoyar la base del progreso y de las edificaciones de todo espíritu que se proponga algo mas que demoler.

La inmaculada Vírgen María me ha ofrecido, con el recuerdo de su vida, un punto de semejanza en que estudiar el Pontificado: yo no creo haber violentado los hechos para amoldarlos á un paralelo, que no lo busqué para desarrollároslo, sino que os lo he desarrollado porque se presentó por sí mismo y con todas las pruebas de exactitud.

Quedamos, pues, amigos, hermanos: nos hemos frecuentado nueve dias consecutivos, por lo tanto nos conocemos ya: la caridad del Señor nos ha unido con un lazo especial, y á pesar de ser tanta muchedumbre, estoy persuadido que solo un espíritu nos alienta y nos vivifica.

Un espíritu! el mismo espíritu de María, el mismo espíritu del Pontificado, el mismo espíritu de JESUCRISTO, el mismo espíritu del Padre, el mismo Espíritu Santo con quien y por quien deseo que todos reinemos y permanezcamos por los siglos de los siglos. Amen.

ANALOGÍAS

ENTRE

EL CUERPO, EL TRÁNSITO, LA CORONA Y EL IMPERIO

DE MARÍA Y DE LA IGLESIA.

OCHO CONFERENCIAS

PREDICADAS

EN LA PARROQUIAL DE N.TRA S.RA DE LOS REYES.

CONTINUACION DE LAS NUEVE ANTERIORES.

CONFERENCIA DÉCIMA.

El tránsito de María y relaciones de su cuerpo con la Iglesia.

Existe una perfecta semejanza entre el tránsito, la corona y el imperio de María y de la Iglesia.

I. Mision de JESUCRISTO y de María.—Educacion de la Iglesia por María. —Desarrollo de espíritu en que María la vió.—Afectos de María en el último período de su vida.—Significado de la predileccion de María á Juan.—Fraseología de la esposa de los Cantares en boca de la Vírgen.—Proclama de Débora y coloquio con su pueblo reproducido entre María y la Iglesia.

II. El martirio de amor que María sufrió nada disolvió en la persona de María.—Glorificacion del cuerpo de María.—Semejanza entre el cuerpo de María y el de la Iglesia.

Oportunidad de repetir la apología de la Iglesia y de su cabeza; mision del sacerdote sobre este particular.—Qué lenguaje debe oponerse al que la revolucion usa respecto de Roma y del Pontificado.—¿De quién es Roma?—Quién y á qué precio la compró.

Hermanos: Ocho meses van cumpliéndose que tenia el gusto de veros cotidianamente agrupados al rededor de la sagrada cátedra en otro templo de esta capital; tambien os llevaba allí el impulso de vuestro amor á María, y allí tambien me llevaba la fuerza de la íntima satisfaccion que siento en proclamar sus glorias: llenásteis de puro consuelo mi corazon sacerdotal con vuestra constancia, con vuestra piedad, con aquella actitud elocuente con que escuchásteis el paralelo entre la concepcion, la maternidad y la vida de la inmaculada Vírgen María, y la concepcion, la maternidad y la vida del Pontificado. Pero pocas son nueve conferencias para trazar un plan tan vasto: así es que se nos agotó antes el tiempo que la materia, y tuvimos que dejar grandes vacíos en su ejecucion; pocos dias despues de terminadas aquellas conferencias se me dispensó el honor de invitarme á dirigiros la palabra en este solemne octavario: no vacilé en aceptarlo, ya que me pareció vislumbrar en esto la voluntad de la santísima Vírgen de que me ocupara de su muerte, de su coronacion y de su reinado, despues de haberme ocupado de su concepcion, de su maternidad y de su vida.

Es, pues, natural que ya que María me llama al punto mismo que

yo la dejé, ocho meses cumplirán mañana, reanude aquellas conferencias, y termine, ó á lo menos adelante la demostracion de las consoladoras analogías entre la Vírgen y la Iglesia.

No he debido, pues, yo abrir camino á mi discurso para ocuparos estos dias: el camino lo tenia abierto: ya que no pude ocuparme en diciembre del reino de María, despues de la vida, de su cetro, de su corona, de su trono, como á símbolo del trono, de la corona, del cetro, en fin, del reinado de la Iglesia, fácil me será ahora trazar aquel paralelo, que, aunque borroneado, ha de ser interesante á todas luces.

Hemos de estudiar la semejanza íntima entre el tránsito de María y el tránsito de la Iglesia al trono; entre la exaltacion de María y la exaltacion de la Iglesia; entre los elementos esenciales y característicos del gobierno de María, y los elementos esenciales y característicos del gobierno de la Iglesia.

No tengo necesidad de moverme de mi terreno: bastaráme levantar el velo de las analogías entre ambos imperios para que os convenzais de la mala posicion de los defensores de ciertos principios y teorías tan anticatólicas como antisociales.

Yo no me moveré del templo; yo no os conduciré sino del lecho de María al trono en que está sentada á la diestra de Dios Padre: á mí no me importa sino enseñaros cómo María muere, cómo ella se eleva y cómo es coronada y quién la corona: y cuando sea completo el paralelo entre su corona, su elevacion, su tránsito y el de la Iglesia, dejaré á vuestro cargo deducir las antirevolucionarias consecuencias que reclame vuestra buena lógica.

Me propongo ser breve; el rigor de la estacion lo exige: deberé, pues, ser muy conciso: os entregaré los principios en rama: vuestra inteligencia los trabajará.

Hoy me limitaré á perfilaros el plan del nuevo paralelo: su base está en esta verdad: María, como la Iglesia, tuvo una vida natural, al fin de la que, María, como la Iglesia, empezó una vida perpétua: el tránsito de la una á la otra vida se asemeja en la Iglesia y en María.

Señora, necesito tu favor: un santo Profeta cierto dia exclamaba: *Cui comparabo te? cui assimilabo te, filia Jerusalem?* Hija de Jerusalen, ¿con quién te compararé? ¿con quién te manifestaré ser tú semejante? Yo me propongo, santa María, acabar de responder á esta pregunta: solo es digna de compararse á tí la Iglesia que, como á hija, á tu regazo Jesucristo la dejó, al bajar al limbo: sí, á la hija se parece la Madre: á los dos venimos á contemplar, Señora: *Dios te salve.*

I.

La Iglesia tiene un Criador y una Madre: ha sido hecha y educada: el criador de la Iglesia es el Verbo; la madre de la Iglesia es María:

la mision del Criador concluyó mucho antes que la mision de la Madre, pues la mision de esta empezó al terminar la mision de aquel. Subíos al Calvario, meditad estas palabras que fueron pronunciadas allí, y veréis confirmado lo que os digo: Jesucristo, pendiente de la cruz, dijo á María, señalando á Juan en aquella hora representante de la Iglesia: *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, eres Madre del discípulo imperturbable y fiel; y luego de haber depositado en los brazos de la mujer fuerte al discípulo débil, «está concluida mi mision,» dijo: *Consummatum est:* la criatura está hecha, solo falta educarla: el Criador se va, la Madre entra: Jesucristo muere, María le sobrevive.

Notadlo: María era la educadora de la Iglesia: por esto los cristianos se acercaban á ella el corazon desvanecido de ternura, el pecho palpitante de puro entusiasmo: no para pedir de ella autoridad, sino amor; no para pedir de ella leyes, sino costumbres; no para pedir de ella verdad, sino pan.

La solicitud maternal de la Vírgen no faltó á la Iglesia un solo instante: la sociedad, que habia visto cumplidos los antiguos vaticinios en la concepcion, maternidad y vida de la Vírgen de Isaías; que habia contemplado al Niño salvador meciéndose en los brazos débiles de una modesta artesana, huir sentado en su regazo de Galilea á Egipto; veia tambien los portentos de humildad, los rasgos fenoménales del amor, las pruebas concluyentes de la sabiduría de la Vírgen en la educacion de la obra que á su sombra creó el Verbo; veia la santidad de esta mujer, á la que el Verbo acudió siempre, notad, siempre que hubo necesidad de una Madre: á ella llamó, cuando quiso encarnarse él mismo: *Ecce concipies et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum:* primera maternidad: á ella llamó, cuando quiso no dejar huérfana su Iglesia predilecta: *Ecce filius tuus:* segunda maternidad.

Los pueblos vieron que María, como habia cumplido con la primera maternidad, cumplia con la segunda.

Llegó el tiempo en que la Madre pudo decir lo que un dia el Criador: *Consummatum est:* los extremos de la tierra, el mar y el mar, habian oido la voz de los Apóstoles; el Cristianismo era conocido de los políticos, de los sábios y de los pueblos: veinte y cuatro años hacia que la Vírgen santa habia visto á su Hijo elevarse como ligera nube por el espacio, y que habia oido la voz de los coros angélicos que rodeándole clamaban: *Attollite portas, principes, vestras, et elevamini portæ eternales,* abríos, abríos, sí, eternas puertas del cielo, abríos: *et introibit Rex gloriæ.*

La presencia de María en medio de la Iglesia habia producido ya su efecto: ella era el testimonio vivo de la verdad de la encarnacion; á ella podian ir á consultar de viva voz los judíos y gentiles que de buena fe dudaran de la exactitud de las predicaciones apostólicas: ella era como el arca donde se custodiaba el espíritu de union y de fortaleza que llevó del cielo el Hijo de Dios: á ella podian ir, é iban

á pedir valor los confesores, y á pedir un voto de gracias los cristianos que alegres habian padecido y triunfado por la ley de JESUCRISTO: viviendo María, la Madre del divino Maestro, ¿qué apóstol podia rasgar la túnica inconsútil de la santa Iglesia?

María vió, pues, á la Iglesia perfectamente educada y desarrollada; *educada*, porque sus hijos se amaban tiernamente, generosos se repartian el pan; no habia entre ellos mio ni tuyo, demostraban la verdad de esta palabra: *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum: desarrollada*, porque ya los hijos de la Iglesia no se contentaban con creer en JESUCRISTO: su cristianismo era mas robusto, aspiraban á morir por JESUCRISTO; los discípulos no huian ante la cohorte judáica; la buscaban: no les atemorizaba un peloton de gente indisciplinada, tenian ánimo, tenian valor para desafiar á los mismos Césares: Pedro ya no negaba á JESUCRISTO, como en el atrio del pontífice Anás; lo habia confesado ya hasta en la cárcel Mamertina, dando con su confesion seguridad á María que sabria sufrir la muerte como habia sufrido las cadenas: los discípulos de JESUCRISTO ya no se contentaban con tender á su paso follaje de palmera y olivo y con clamar: *Hosanna, hosanna* al Hijo de David: en vez de derramar flores derramaban su propia sangre en el anfiteatro de Roma y en las plazas de todas sus provincias; en fin, la madre de la Iglesia, María, podia decir con toda certeza que su hija estaba perfectamente educada y robustecida, y por lo tanto que su mision quedaba terminada: *Consummatum est.*

Entonces entró en aquel período de su vida, contemplándola en el que san Bernardo le pregunta:

«¿Qué tienes, Señora, que así pareces enferma y decaida? ¿por qué «estás triste y perezosa hasta al punto de no visitar los lugares don«de cada dia apacentabas tu amor? Ya no te vemos subiendo la pe«ña del Calvario y derramando lágrimas en el agujero de la cruz, ni «postrada á la sombra del sepulcro del Hijo adorando la gloria de su «resurreccion; ni en el monte Olivete besando la última huella que «JESÚS dejó impresa en su cumbre al subirse á los cielos...

«¡Desfallezco! contesta. Y ¿por qué, Señora? ¿Cómo puede entrar «el desfallecimiento en un cuerpo en el que habitó la salud del mun«do? ¿Puedes ser víctima de enfermedad alguna tú, que llevaste en «el seno por tanto tiempo á aquel de cuyo cuerpo salia una virtud «que á todos curaba, de modo que al contacto de un solo hilo de su «vestido cesaban los flujos de sangre?

«No os admireis, contesta: recordadlo, tambien el cuerpo de mi «Hijo se encontró á veces enfermo, y voluntariamente necesitado: «á mí me consta bien, porque yo le llevé en el útero y lo alimenté «de mis pechos, y lo calenté en mi regazo: y no solo le ví defectuo«so en la infancia, sino tambien en las edades posteriores; yo le asistí «en lo que pude, hasta presenciar, no sin amargura inmensa, los «ludibrios y suplicios de su pasion y de su cruz, viendo confirma«das en cada cosa estas palabras de Isaías: *Vere languores nostros ipse «tulit, et dolores nostros ipse portavit.*

«¿Por qué, pues, me quejaria de que el Señor no dé á mi cuerpo lo «que al suyo no concedió? No soy tan soberbia ni delicada, que no «pueda, ó no quiera aceptar los sufrimientos que él aceptó. De él re«cibiré la sanidad como de él recibí la santidad: la santidad del cuer«po me la dió haciéndome concebir el suyo; la sanidad me la tiene «prometida, y me la dará suscitando mi cuerpo de la tierra como sus«citó el suyo del sepulcro.

«No os admireis, pues, si desfallezco: mas me abate la impacien«cia del amor que la vehemencia del dolor; estoy mas herida por la «caridad que postrada por la enfermedad.

«Y los hijos le contestan: ¡Mas ay! ¡cuán frecuentes han sido las «causas de vuestro decaimiento! Buen JESÚS, ¿cómo puede ser que «desde que os engendró, esta vuestra Madre cási siempre se haya vis«to postrada y lánguida? primeramente desfallecida por el temor, des«pues por el dolor, ahora por el amor. El temor la postró desde el par«to á la pasion, viendo la vida de su Hijo á merced de las insidias ene«migas; el dolor la afligió durante el tiempo de la pasion hasta que «le recibió resucitado; hoy el amor y el deseo le martiriza mas feliz «pero no menos vivamente, porque no os posee, estando Vos sentado «en los cielos. ¿Cómo, buen JESÚS, siendo como sois el fruto del go«zo, os haceis por tanto tiempo causa del martirio y continua trans«fixion de las entrañas que os son mas caras?

«Y tú, Señora, suplicámoste nos digas, ¿qué quieres te hagamos? «¿Deseas que resida á tu lado para servirte Gabriel, el arcángel que «mereció asociarse en el ministerio á los prodigios de la encarna«cion?

«Y ella contesta: No es necesario: me basta mi nuevo ángel en «carne, el discípulo á quien JESÚS amaba, de cuyo amor me dejó «heredera cuando mútuamente nos recomendó en la cruz; nada me «es tan agradable como sus servicios, porque nada tan casto como «su conversacion y afecto, nada mas suave que sus costumbres, «nada mas íntegro que su fe, nada mas santo que sus discursos.

«Pero nosotros, replican los hijos, ¿en qué podrémos serte agra«dables.

«Y ella contesta: Hijas de Jerusalen, anunciad al amado que des«fallezco de amor: él sabe cómo ha de curarme esta herida[1].»

María, aspirando solo á la compañía de Juan, representante de la Iglesia del Calvario, y de los Apóstoles, representantes de la Iglesia de los siglos, manifestaba bien de quién era madre y qué destino habia cumplido. Y rodeada de la Iglesia, fueron creciendo en su corazon siempre las ansias de unirse con aquel de quien decia: «Mi «amado es para mí y yo soy de mi amado:» parecióle entonces que oia la voz de su amado: *Vox dilecti mei.*

[1] S. Bern. Serm. III de Assumpt.

Y la oyó; sí, la oyó: «Vedle, dijo, vedle como viene así saltando «por los montes, brincando por los collados: al gamo y al cervatillo «se parece: *Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: simi-«lis est dilectus meus capreæ, hinnuloque cervorum.*»

Y ¿cuáles eran los montes por los que JESUCRISTO se acercaba á María? eran los Apóstoles, fundamentos elevados de la Iglesia, y á los que aludió el Profeta con esta palabra: *Fundamenta ejus in montibus sanctis:* y ¿cuáles eran los collados? los discípulos de los Apóstoles, que recibian de estos la luz y el poder, segun aquello otro que tambien está escrito: «Dios es el que ilumina desde los montes san-«tos:» JESUCRISTO vino á María saltando de gozo, viendo la firmeza de los Apóstoles y la sumision de los discípulos, y vino, ¿cómo vino? hermanos: ¡ay! vino como cervatillo, es decir, vino á María saltando, como saltando un ciervo tierno se dirige á la fuente: vino á María, sediento de amor: *similis... hinnuloque cervorum.*

Y: «Vedle, decia María;» mas ¿á quién lo decia? á los Apóstoles, que ya mejor educados que cuando murió JESUCRISTO, no huyeron del Cenáculo, como habian huido del Calvario; se congregaron al rededor de María los que habian dejado solo á JESÚS: pues bien: á los Apóstoles la Vírgen decia: «Vedle como se pone detrás de la «pared nuestra, como mira por las ventanas, como está atisbando «por las celosías: *En! ipse stat post parietem nostrum:*» y ¿qué pared es esta? la pared de nuestra mortalidad: *respiciens per fenestras:* y ¿qué ventanas son estas? los cinco sentidos de JESUCRISTO, comunicaciones abiertas por medio de la encarnacion entre la divinidad y la humanidad: *Prospiciens per cancellos:* ¿á qué celosías se alude aquí? Á las puertas del cielo abierto para la tierra por órgano de la santa Iglesia.

Cuenta Filon que estando para morir Débora congregó al pueblo y le dijo: «Hé ahí que yo os instruyo, como á mujer de Dios, y como «á mujer os alumbro; oidme como á madre vuestra que soy, tomad «en cuenta mis palabras, pues todos habeis de morir. Hé ahí que yo «parto; fijad en Dios vuestros corazones durante la vida para que «no hayais de arrepentiros despues de ella. Y ahora, hijos mios, es-«cuchadme, mientras teneis tiempo de vida y luz de ley;» y al decir esto Débora, los del pueblo, que estaban congregados, prorumpieron en un llanto y clamaron: «Hé ahí que mueres, ¡oh Madre! ¿y «abandonas á tus hijos? ¿á quién los confias? Ruega por nosotros, y «despues de tu muerte que esté la memoria nuestra en tu alma para «siempre.»

Un coloquio semejante al de Débora con el pueblo pasó entre María y la Iglesia; y el celo del coloquio enardeció el amor. Y aumentando el amor crecia el éxtasis, é iba clamando María: «Hé ahí que «me habla mi amado: *En dilectus meus loquitur mihi.*»

«Y ¿qué te dice, Señora, tu amado?» le preguntaba la Iglesia á su alrededor congregada; y la Vírgen respondia: «Hé ahí lo que me di-

ce: Levántate, apresúrate, amor mio, paloma mia, hermosa mia y vente: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea;* y vente: *Veni.*

«Ven; pasó ya el invierno seco, es decir, las semillas de la sangre que me diste, y que yo derramé á la tierra, arrojaron ya sus brotes; el mundo está cubierto de la vegetacion de santidad: disipáronse, cesaron las lluvias; es decir, tus ojos ya no manan lágrimas, secáronse tus mejillas: despuntan las flores cristianas en nuestra tierra, es decir, en la tierra que ha recibido nuestro cultivo; llegó el tiempo de la poda, es decir, de recoger el fruto de nuestros cuidados; la higuera arroja sus brevas, las florecientes viñas esparcen su olor, levántate, pues, amiga mia, levántate, amiga mia: *surge, amica mea, surge, speciosa mea, et veni: veni.*

«¡Paloma mia! ven: tú que anidas en los agujeros de la peña, *in foraminibus petræ:* y ¿qué quiere decir el Amado con esta palabra dirigida á María: «Paloma que habitas en los agujeros de la peña?» ¿De qué peña se habla aquí? Sin duda de aquella á quien consagró JESUCRISTO diciendo: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam?* Sí, queria decir el Amado: tú has fijado la habitacion junto al fundamento de mi Iglesia: *In foraminibus petræ:* María se encontraba al lado de Pedro, segun tradicion, en la hora de su último éxtasis, y hé ahí gloriosamente descubierto el significado de esta bella frase: Paloma que habitas en las rajaduras de la piedra; ven, ven, continuaba diciéndole el Señor: Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, pues tu voz es dulce y lindo tu rostro, y en tí no hay defecto alguno; ven, hermosa.

«Ven del Líbano, esposa mia, vente del Líbano, ven: y ¿por qué la llamas, Señor? para coronarla: *Coronaberis:* serás coronada: y ¿por qué la llamas tres veces, Señor? Señor, ¿por qué le dices: ven, ven y ven? porque tres han de ser las diademas de su corona, como tres son las Personas que la coronarán: Ven, le dice el Padre: *Coronaberis;* ven, le dice el Hijo: *Coronaberis;* ven, le dice el Espíritu Santo: *Coronaberis.*»

Mientras la voz eterna descendia á los oidos castos de la Esposa del celeste Espíritu, entreabriéronse sus labios virginales, como se entreabre el capullo para arrojar la flor, y su alma voló al seno del Verbo, como el Verbo un dia habia volado á su seno; y los Apóstoles unos preguntaban á otros: ¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como columnita de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?

Y el amor levantó á aquella criatura que el amor habia criado, y el Dios que en ella se complacia la recibió, la sentó en su trono, puso en sus sienes triple corona, compartió con ella su imperio, en fin, realizó esta bella frase de Salomon: *Astitit regina à dextris suis, circumdata varietate.*

Hé ahí la explicacion sencilla de la festividad que celebra hoy en-

tusiasmado el género humano: veamos sus analogías con la vida de la santa Iglesia.

II.

María acaba su vida natural con un martirio de amor, pero el martirio del amor nada disolvió en la persona de María: su cuerpo quedó intacto, puro, incorruptible: no se confundió con la tierra, se elevó al cielo: la santísima Trinidad puso en sus sienes la corona de gloria; de manera que el cuerpo de María quedó glorificado como su espíritu.

Yo no creo rebajar ni una línea la importancia de tan sorprendente prerogativa, sosteniendo que al paso que con ella el Altísimo intentó premiar sus personales dotes, quiso glorificar á la Iglesia, cuyo cuerpo, el cuerpo de María simbolizaba.

Sí, el cuerpo de María era el símbolo perfecto de la Iglesia.

Veámoslo:

¿Qué es la Iglesia? un cuerpo, cuya reunion de miembros constituye el cuerpo místico de JESUCRISTO.

¿Qué es el cuerpo de María? una reunion de miembros de la que se formó el cuerpo real de JESUCRISTO.

¿Qué es la Iglesia? el cuerpo que custodia la verdad, la justicia, el camino, la luz, la vida social.

¿Qué es el cuerpo de María? el receptáculo de aquel que dijo á la sociedad: «Yo soy la vida, yo soy la luz, yo soy el camino, yo soy la «justicia, yo soy la verdad.»

¿Qué es el cuerpo de María? un cuerpo lleno de gracia, porque lleno del Espíritu Santo.

¿Qué es el cuerpo de la Iglesia? lo mismo, un cuerpo lleno de gracia, porque lleno del Espíritu Santo.

Del seno de María la gracia salió para inundar la tierra, del seno de la Iglesia sale la gracia, y por medio de los siete Sacramentos inunda la tierra.

¿Qué es el cuerpo de María? hélo ahí descrito en el libro de los Cantares:

Como de paloma así son tus ojos: además de lo que dentro se oculta:

¿Cuáles son los ojos de la Iglesia? Los ojos del Espíritu Santo, paloma á cuya mirada todo se manifiesta: además de lo que dentro se oculta, es decir, del pensamiento divino que sus miradas dirige.

¿Cuáles son los cabellos de María? dorados y finos como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad.

¿Cuáles son los cabellos de la Iglesia? escuchad esta elocuente respuesta de Cornelio Alápide: «Los cabellos de la Iglesia los cons«tituyen las diversas clases del pueblo cristiano: el pueblo cristia-

«no adorna la cabeza de la Iglesia primero, por su multitud y com«paginidad; segundo, por su pureza, igualdad, conexion y órden; «tercero, por su color, puesto que son finos y encarnados por la fe y «la caridad: los cabellos de la Iglesia, dice san Gregorio, como un «rebaño de cabras, puesto que los pueblos, que contemplan los «misterios y practican los preceptos de la Iglesia, son limpias cabras «que apacientan en las alturas: este rebaño asciende del monte Ga«laad: el monte Galaad quiere decir: monte del acerbo, del amargo «testimonio: este amargo testimonio es el testimonio de los Márti«res, rubia cabellera de la Iglesia.»

¿Cuáles pinta la Escritura los dientes de María? blancos y bien unidos, como hatos de ovejas trasquiladas acabadas de lavar, todas con dobles crias, sin que haya entre ellas ni una estéril.

¿Cuáles son los dientes de la Iglesia? los Apóstoles, trasquilados por el Señor de todo lo terreno, lavados con el Bautismo, todos fecundos en crias, en propaganda de doctrinas, en conversion de pueblos.

¿Cuáles son los labios de María? cinta de escarlata, y su hablar dulce.

¿Cuáles son los labios de la Iglesia? encarnados tambien; el Espíritu Santo les comunicó el fuego de la caridad en el cenáculo de Jerusalen: la voz de la Iglesia, voz dulce como la de María; María dice: «Yo amo:» la Iglesia dice: «Yo perdono.»

¿Cuál es el cuello de María? recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes, de la que cuelgan mil escudos, todos arneses de valientes.

¿Cuál es el cuello de la Iglesia? la sociedad santa por su rectitud, que sostiene su cabeza, y de ella recibe inmediatamente la vida, el calor de la fe y de la caridad: verdadera torre de David, donde han colgado los escudos de sus glorias los grandes reyes, los grandes capitanes, los grandes sábios y los grandes pueblos.

Por el cuello y la torre señálase sobre todo el Pontífice romano, Vicario de JESUCRISTO, puesto que así como el cuello es el miembro que mantiene unidos los miembros á la cabeza, y un canal por el que la cabeza envia manjar al estómago, así el Pontificado es una especie de medio entre JESUCRISTO, cabeza suprema de la Iglesia, y los demás fieles, cuerpo de la misma, y estos reciben de aquel, por órgano del Pontificado, la doctrina, el régimen, la fortaleza y el espíritu.

De ahí que á san Pedro, á san Pablo, á Santiago y á san Juan, en calidad de prelados y apóstoles, se les llama columnas de la Iglesia; en ellos reside la verdadera doctrina, los monumentos que confirman la primitiva fe, la sublimidad del supremo poder y la *suspensio orum*, porque de estos los demás fieles penden y reciben la sustancia del espíritu.

La fe invicta de la Iglesia se sostiene por la fe invicta de san Pe-

dro y de sus sucesores: *Ego rogavi pro te*, los que han permanecido indeclinables condenando y combatiendo á todas las herejías de Arrio, de Macedonio, de Eutiques, de Pelagio, de Prisciliano, de Lutero, de Calvino, etc., etc.: los que resistieron con la frente muy alta á Neron, á Decio, á Diocleciano y demás tiranos, prefiriendo morir á callar.

En vista de lo que el P. Alcázar [1] dice que por la torre, escudos y baluartes se alude á las victorias de los Mártires y admirable santidad de los ministros del Evangelio en tiempo de persecucion. Todo debido á la rectitud, ó espíritu de justicia, y blancura, ó espíritu de pureza del cuello, ó medio de comunicacion entre la cabeza y el cuerpo de la Iglesia, que es el Pontificado.

¿Cuál es el cuerpo de María? todo hermoso y sin defecto.

¿Cuál es el cuerpo de la Iglesia? bello y sin mancha.

¿Cuál es la cabeza de María? aquella sobre la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pusieron tres diademas: la diadema del poder, la diadema de la sabiduría, la diadema del amor.

¿Cuál es la cabeza de la Iglesia? el Papa, en cuya frente Dios y los siglos pusieron la tiara, y en ella las diademas de los tres imperios: el poder, la sabiduría y el amor.

¿No descubrís en todo esto la semejanza entre el cuerpo de la Iglesia y el de María? yo la veo clarísima, y ved ahí por qué afirmo que otro de los motivos que tuvo el Señor para preservar de la corrupcion el cuerpo de María, fue su carácter de: Símbolo de la Iglesia.

Porque si la Iglesia es incorruptible y el cuerpo de María se hubiese corrompido, ¿no hubiera habido entre ambos una profunda desemejanza? sí, la hubiera habido: era, pues, regular que el Señor guardara incorruptible el cuerpo de aquella que hizo concebir inmaculada, para que se viera que de la cuna al sepulcro, del seno de la Madre al trono de Dios no se habia cortado el hilo de las complacientes analogías entre María y la Iglesia.

Suspendamos por hoy el discurso.

No debo deciros que creo un deber sacerdotal repetir la apología de la Iglesia y de su sagrada cabeza, hoy que los sistemas ateos se preparan para librar la gran batalla á la civilizacion católica: si alguno creyera que se habla con demasiada frecuencia en el púlpito de la situacion de la Iglesia, desengáñese ya; la Iglesia es atacada cada hora del dia en centenares de periódicos; cada hora de la noche en centenares de clubs: la palabra revolucionaria ha hecho oir su eco hasta al *sancta sanctorum:* un hombre en cuya frente Dios puso el sello de la maldicion con que un dia selló á Cain, ha dicho: *El Pontificado es el cáncer de la sociedad.* ¿Quién ha de contestar á esto? hermanos, el sacerdote: la revolucion ataca al templo; pone

[1] Alusiones al Apoc. lib. III.

su mano nefanda sobre el ara del templo: nosotros somos los centinelas del templo.

No tratamos de levantar ninguna dinastía caida: que Dios levante lo que sea de su beneplácito: ¿qué nos importa aquí lo que cae de la tierra? no tratamos sino de sostener en la cabeza de la Iglesia la triple corona que en ella puso la santísima Trinidad.

La revolucion despues de haber dicho: *El Pontificado es un cáncer*, ha dicho: *Roma es mia:* ¿quién sino el sacerdote ha de contestar: *Roma es de la Iglesia?* Dios sacó de Roma los tiranos para darla al Papa: la Iglesia compró á Roma y le costó cara: le costó la sangre de millares de sus hijos: la sangre de los Mártires sirvió para libertar á Roma: el sacerdote, pues, que cada dia sacrifica sobre la ceniza de los Mártires, con cuya sangre la Iglesia compró á Roma, es el único que tiene derecho á contestar á esta voz de la revolucion: Roma es mia, esta palabra de los siglos: Roma es de la Iglesia.

Pero el sentido comun, y hasta la razon política se pondrán al lado de la fe: los pueblos compararán entre la Iglesia y sus enemigos, y harán justicia.

¡Ah! señores: muchos de vosotros os encontrais aquí para contemplar un episodio conmovedor: ¿á qué venís? Venís á recibir una bendicion: ¿de quién? del Papa: ¿qué mano os la dará? la mano de vuestro pastor inmediato que en alas de su celo voló á sus piés, á asegurarle cuánto le amábais [1]: el Papa le ha dicho: Bendecidles: ¡qué mansedumbre! los pueblos maldicen al Papa; el Papa bendice á los pueblos: el Papa, como el Apóstol, dice: *Maledicimur et benedicimus:* somos maldecidos y os enviamos bendiciones.

Que la bendicion del Papa eche en vuestros corazones las semillas del amor á la Iglesia: que vuestro amor á la Iglesia os haga santos, y la santidad os conducirá á la gloria. Amen.

[1] El R. Sr. Dr. D. Ramon Casañas, presbítero, cura párroco de la feligresía de Nuestra Señora de los Reyes ó del Pino, de esta ciudad, fue uno de los muchos sacerdotes que fueron á Roma cuando las fiestas de la canonizacion de san Miguel de los Santos y de los Mártires del Japon, y recibió de Su Santidad la facultad de dar la bendicion papal á sus parroquianos; el R. Sr. Casañas escogió el anochecer de la fiesta de la Asuncion para entregar á sus hijos la pontificia dádiva, y este es el acto que motiva el fragmento último de este discurso.